

Gente de todas clases; empleados, obreros, desconocidos, que se dirigían desde el trabajo al descanso, que casi al finalizar el día, iban a empezar a vivir, que se precipitaban hacia alguna sonrisa, hacia alguna alegría, hacia alguna luz, a semejanza de las olas del mar o de los soldados de un ejército derrotado. Sí, un solo ejército, una sola derrota, una sola esperanza, un solo corazón.

Esta aparición que se extendía sin cesar nos hacía ver palpablemente la forma de nuestro destino, la tragedia de la vida, es decir, del lanzarse mano a mano a la demanda de una cosa tras otra, siguiendo la incesante labor del deseo y de la inutilidad de los días. Y aún más tangible y más inmediata, en el campo de la batalla terrestre, la revuelta de los oprimidos o de los cautivos en pos de su partícula de luz.

¡Yo no me atrevía a hablar, pero, como en un sueño, entreveía la obra divinamente humana que se haría con solo que se pudiese copiar esto!

Pero al volver la vista hacia mi ilustre acompañante, me acordé de súbito, cuán poderoso era él y cuán débil era yo. Tuve que echar mano de todo mi valor para callarme ante la lenta corriente de los hombres hacia las casas, para no oírle decir:

—Eso no es un asunto, no es un tema, puesto que no tiene fin.—HENRI BARBUSSE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At58-13EAAT10013>

Edgar Allan Poe

El hombre

UNA vida trágica y errante nos explicará la obra de Edgardo Poe, príncipe de los poetas malditos, como se le ha llamado, y con razón. La fatalidad fué su madrastra. ¡Y qué madrastra de entrañas tan horriblemente duras fué ésta! Con sus garras eternas (el alcohol y la miseria) fué destrozando durante muchos años el corazón del pobre visionario que debió haber pasado por la vida leve y lozano, como una vela llevada por los vientos marinos. Después de su muerte han venido los perros del Cairo a morder su cadáver. Neciamente sus amigos han tratado de defender su memoria negando sus defectos y sus debilidades. Los unos han

pecado de criminales y los otros de necios. En lengua inglesa nadie ha escrito todavía una biografía decente del poeta. Sea este ensayo la primera voz comprensiva en lengua castellana.

En un ensayo lírico sobre Poe publicado por Darío en su libro *Los raros* hablaba el poeta de Nicaragua de caballeros galantes y muy dados a la poesía que habían sido sus antepasados. Sin embargo, yendo hasta sus abuelos, y un poco más allá de sus abuelos, no encuentro nada extraordinario en las familias que explique la razón de este ser misterioso y altamente necesario en la cultura de los Estados Unidos. El primero que aparece es su abuelo, Mr. David Poe, con sus charreteras de general y su espada al servicio de la revolución, peleando al lado del francés Lafayette. Uno de los hijos de este militar enlodó su nombre (según el decir de la familia) abandonando sus estudios de leyes en Baltimore para unirse a una belleza de escenario, la joven Elizabeth Arnold. Después de una romántica fuga los dos enamorados se dieron a la vida del teatro y se establecieron en la ciudad de Boston. Llenos de juventud, los comediantes vivieron muy de prisa y sin meditar en el porvenir de los hijos, que al morir ellos, quedaron sin amparo. Tres niños eran, y entre todos no sumaban siete años: Enrique, Rosalía y Edgardo. Como quien recoge a los pajaritos de un nido abandonado hubo manos caritativas que recogieron a los huérfanos. Rosalía y Enrique tomaron un atajo. Edgardo tomó otro.

* * *

Edgardo Poe nació en Boston en 1809. El mismo se declara hijo de esa ciudad en una de sus cartas, pero sus críticos no sostienen lo mismo. Cuando sus padres murieron, Edgar tenía dos años. Era de belleza inaudita y de precocidad digna del genio en formación. John Allan, comerciante adinerado de Baltimore, adoptó al huerfanito para llenar con él el vacío de un hogar sin familia. El señor Allan y su esposa fueron los verdaderos padres de Poe y sin duda que sufrieron bastante con el orgullo y los arrestos de independencia del pequeño protegido. A la edad de cinco años Edgardo se fué con los esposos Allan a Inglaterra e ingresó como interno a una escuela, cerca de Londres. Su permanencia de cinco años en esta escuela dejó en el cerebro del futuro poeta una impresión imborrable. Acaso en esos grandes pasadizos circulares y en las salas interminables, donde había ecos extraños, su imaginación enfermiza de niño empezara a llenarse de las visiones y de todos los misterios que lo persiguieron durante su vida. Después de mucho tiempo recordaba él la vieja casa londinense:

Mis primeros recuerdos de vida estudiantil—dice en uno de sus cuentos—, van unidos a una casa enorme del período de Isabel, situada en una aldea nebulosa de Inglaterra, donde los árboles eran gigantescos y las casas excesivamente antiguas. En verdad, la vieja ciudad era un lugar de ensoñación y encantamiento.

Muchas veces, sumergido en las hondas miserias a que le arrastraban sus bohemias, recordaba el pobre visionario esas avenidas que circundaban el caserón amable, los mil parterres que llenaban el aire de fragancia, las notas profundas de la campana de la iglesia. En esas horas de muerte echaba a vagar el pájaro ensangrentado de su alma por las antiguas regiones, las encumbradas murallas de ladrillo, cubiertas con pedazos de vidrios para evitar la huida de los estudiantes, los paseos por los bosques cercanos, el pastor con su túnica flotante a la manera clerical y con la peluca empolvada.

En 1826 estaba Poe de vuelta en su país natal. En la ciudad de Richmond continuó cultivándose en los clásicos y siguió perfeccionándose en francés. Revelaba ya un gusto especial por la lectura de los poetas latinos y ejercitaba su cerebro haciendo versos que eran celebrados por sus profesores y por sus condiscípulos. Aunque se distinguía por sus cualidades intelectuales, como atleta no tenía rival. Daba recios puñetazos y nadaba maravillosamente. Por ese tiempo empezó su carrera militar en un cuerpo de voluntarios. Uno de sus compañeros ha dejado un retrato del poeta:

Era el mejor estudiante de la escuela y como no había cursos más adelantados para él, se dedicaba a leer desordenadamente y aún a escribir versos, a veces satíricos, muy bien hechos para un niño de su edad. Todos reconocíamos y admirábamos su gran talento y estábamos orgullosos de él. En esa época era ligero de cuerpo pero bien formado, activo, musculoso y muy simpático. Su carácter era amable y sus maneras caballerescas y dulces.

Otro de sus compañeros lo recuerda de un modo diferente, herido acaso por la indiscutible superioridad del poeta. Aquí aparece como antipático entre los jóvenes, por voluntarioso, altivo y dispuesto a satisfacer sus menores caprichos. Sin embargo era de impulsos generosos.

Ya presentía Poe en estos días escolares la futura grandeza de su genio y exasperado con los muchachos que se burlaban de su familia pasaba sus horas grises, meditabundo y amargo. Acaso perdido en los rincones rumiaba ya la sustancia de esos grandes poemas que habían de hacerle inmortal. Edgardo era orgulloso. Consciente de su valor trataba despectivamente a los muchachos y ellos en desquite hacían ponzoñosas alusiones a

los comediantes y al dinero de la familia Allan. No es raro entonces que su espíritu comenzase a sentir las primeras sales de la miseria y que la soledad le cantara su canciones de cuna.

Fué en este tiempo cuando el primer misterio gozoso estremeció la vida del cisne americano. Cierta día fué invitado por uno de sus amigos a pasar la tarde con su familia. La madre de su compañero saludó a Poe cariñosamente y retuvo su mano entre las suyas. Esto ha de parecer insignificante a quienes tienen un pedazo de carne reseco en vez de corazón, pero para los espíritus que saben bucear en el silencio, para los solitarios que se han escudriñado la médula del alma y han huido a sus grutas, amagados por los picos de ganso de sus compañeros, para los corazones hambrientos de brazos maternales y besos de mujer, fué aquella bienvenida la revelación suprema de algo que él había adivinado en sus vagabundeos celestes. Fué la revelación de Tristán y de Isolda que en el drama de Symons se convierten en llamas que devoran. Edgardo se sintió tan impresionado ante la bondad y la belleza de aquella dama que no pudo articular palabra. Este fué su primer idilio; la santa mujer comprendió la desolación que roía aquella vida y le abrió sus brazos maternal, santamente. El, rompiendo la helada cerca de su encastillamiento, se entregó por entero. En todas sus páginas poéticas la impresión de este amor que no era de la tierra, de este amor en que había alianza de nebulosas, quedó orientando su sentir. Por desgracia, la melodía de la muerte se durmió en el corazón de aquella sombra maternal y el niño supo otra vez de los garfios agudos de la desesperación y la tragedia. Solía vagar por las avenidas del cementerio melancólico y mudo; y cuando las noches eran lluviosas y negras, cuando la nieve era un martillo de Dios sobre la tierra y el viento ladraba furiosamente entre las tumbas, él acompañaba a la señora de sus sueños, a la muerta querida, hasta muy tarde, y volvía a la ciudad llorando. Pensando en estas horas desgraciadas el verso becqueriano resulta de una intensidad estupenda:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

No sería mucho hacer aparecer este acontecimiento como uno de los que determinaron el porvenir del niño. En presencia de aquella muerta que había sabido endulzar sus amarguras, ante aquel cuerpo de mujer todavía bello después de muerto, algo de lo desconocido cayó en su corazón. De allí salió aquella Leonor del *Cuervo*, la mujer iluminada y dulce a quien los ángeles llaman Leonor, la doncella perdida para siempre jamás.

Y quizás si esa otra, Annabel Lee, fuese el espíritu de esta misma Leonor en otro vaso de belleza; aquella Annabel con quien soñaba al rielar de la luna y bajo el palor de las estrellas. Quizá si hubiese podido decir con el otro poeta maldito:

Y las demás en tantos climas
y en tantas tierras sólo son
si no pretextos de mis rimas
fantasmas de mi corazón.

Después de terminar sus estudios en la academia ingresó Poe a la Universidad de Virginia donde continuó perfeccionándose en idiomas. Se distinguió en latín, griego, francés, alemán, italiano y español. Y aquí empieza el período fatal de su vida. El adolescente despertaba y era necesario satisfacer una juventud vibrante y atrevida. Poe empezó a beber. El primer paso hacia el descenso fué el juego; perdía frecuentemente y al fin, desesperado, se entregaba a la bebida. Bebía, según él mismo ha afirmado, para matar el desasosiego de su alma, para aturdirse en el alcohol, para olvidar quién sabe qué pecados enormes cometidos por sus antepasados y por su mismo espíritu, encarnado quinientos años antes en el cuerpo de un brujo.

Muchos atribuirán esto a debilidad y falta de carácter, pero es necesario darse cuenta de que el alcohol no era un placer para el pobre romero visionario; era un lenitivo espiritual que le ponía una venda en los ojos y en el corazón para que no sintiera la vida tan heladamente huraña para él. Y yo creo con un criterio humano y amplio que si alguien se siente miserable en compañía de los hombres debe alejarse de ellos y buscar su pagoda en el silencio o en el vicio, que mientras pueda olvidar y vivir su vida de predestinación, bien está. Yo prefiero la vida enloquecida y dolorosa que vivieron un Francis Thompson, un Verlaine y un Poe a la vida que pudieron haber vivido. ¿No es preferible refugiarse en los paraísos artificiales que oponerse a la realidad y desafiar cara a cara, a plena conciencia las miserias, para vivir la existencia siete veces maldita de un Miguel de Cervantes?

Como las deudas del novel jugador ascendían a algunos miles de dólares el Sr. Allan lo retiró de la Universidad y lo colocó en el departamento de contabilidad de su fábrica de tabacos. ¡Donoso empleo para quien se nutría de pan celeste y de agua de ilusión! En 1827 se incorporó Edgardo al ejército bajo un nombre supuesto. Su buena conducta y la esperanza de futuros triunfos movieron al Sr. Allan a ayudar de nuevo al joven Poe y lo envió a la escuela militar de West Point.

Ya Edgardo había publicado algunos versos y cultivaba amistad con varios editores.

Nuevos disgustos con su protector indujeron al joven a retirarse de la escuela. Y ya independiente, ya satisfecho el ideal demasiado humano del hombre libre, al que todos debemos aspirar, Poe se dedicó al periodismo. Empezó a publicar sus primeros cuentos apretados de fantasía y de visiones líricas, pero el público pedestre estaba acostumbrado a los caramelos y a la reseca especulación puritana para apreciar estas cualidades. Colaboró en muchos diarios de los Estados Unidos y fué en su época y hasta hoy el mejor crítico literario, el único diría si no viera hoy su sucesor en el irónico autor de *Prejudices*, H. L. Mencken. Sin embargo sus debilidades de hombre y su orgullo de artista, unidos a su odio por todo lo vulgar, lo iban arrojando de oficina en oficina, de empleo en empleo. Sería inútil seguir su peregrinaje miserable a través de redacciones y agencias periodísticas; digámoslo de una vez, somos incapaces de hacerlo, tan grandes fueron los sufrimientos y las humillaciones que tuvo que tolerar este hombre orgulloso y altivo como el que más.

Cansado de su vida de solitario, enfermo por los abusos del alcohol y del opio, fué el poeta a refugiar su desaliento en casa de su tía, Mrs. Clemm, piadosa mujer que pasa como una sombra maternal por la existencia del gran lírico. Nunca madre alguna tuvo intuición tan clara de la fuerza cerebral y de! porvenir de su hijo. En las veladas pasadas en Richmond la señora Clemm y su hija Virginia hicieron sonreír más de una vez al pobre niño envejecido. Virginia era una niña de doce años, bella y suave, que sentía una admiración profunda por su primo Edgardo. Sus manos de princesa sacaban las espinas de su carne y sus palabras infantiles refrescaban su espíritu. Entre los dos fué creciendo cierta simpatía que luego se convirtió en esos amores definitivos que tienen su raíz en el silencio. Una mañana de primavera de 1836 el pastor del lugar bendecía el matrimonio de Edgar Allan Poe y de Virginia Clemm. La niña tenía trece años de edad. Ya la vida le había puesto gesto blando, y Poe vivió algunos años felices; su nombre era bien conocido en Norte América y en Francia. Sin embargo la miseria estrechó una vez más sus tenazas. En 1844 Poe se fué a vivir a Nueva York. El crítico Griswold nos da su retrato de esa época:

Sus modales, excepto durante los períodos de embriaguez, eran tranquilos y elegantes; vestía frecuentemente con sencillez y buen gusto. En una de mis visitas, durante su enfermedad, causada por el continuo velar al lado del

lecho de su esposa moribunda, me sentí impresionado por la limpieza esmerada y por el aire de refinamiento de su hogar. Era una pequeña casa en una de las vecindades agradables y silenciosas, lejos del centro de la ciudad; allí todo estaba tan cuidadosamente arreglado que parecía la vivienda ideal para un hombre de genio. Esto, como la mayor parte de las comodidades de que gozó en sus períodos de triunfo como en los de desgracia era debido al cuidado de su suegra, la señora Clemm, que lo amaba con una devoción más que maternal.

La vida literaria de Poe en Nueva York fué muy notable. Como director de algunas revistas literarias se distinguió por sus nuevos cuentos y por su crítica rotunda y valiente. No hubo versificador que no recibiera su merecido. Esto le trajo la enemistad de sus mejores amigos. La miseria seguía ladrando a sus ventanas. Su esposa se acercaba al sepulcro y no había dinero suficiente para salvarla. Viendo al poeta en tan crítica situación algunos periódicos hicieron un pedido a la caridad pública que fué como un carbón encendido sobre el corazón del rebelde bohemio. Sin tener como satisfacer las necesidades más esenciales de su vida, combatido por periódicos y por gente de letras, recibiendo la caridad pública, le sorprendió la muerte de su esposa. Ella había sido la primera y la última mano cariñosa en su vida. Con su muerte ya no lo ligaba nada a los mortales. Después su nombre apareció intermitentemente en los periódicos; sin embargo, los editores de grandes revistas se negaban a publicar sus trabajos de índole combativa. Algunas conferencias le proporcionaron lo necesario para vivir. Y fué sólo entonces cuando se dedicó a la literatura barata vendiendo artículos a cualquier periódico que los solicitaba, a cinco pesos cada uno.

Su conducta fué por este tiempo más extraña que nunca. Su manera de vivir era una negación total a su refinadísimo espíritu de artista. El alcohol lo llevó a los peores excesos. Citaré un caso. En uno de sus viajes a Boston conoció Poe a una de las mujeres más bellas e inteligentes de ese centro cultural; fué uno de esos golpes de alma que sólo él podía sentir. En la noche que siguió a la presentación se paseó el poeta por la calle de su dama hasta que vió su visión en los cristales; su visión infinita «vestida de blanco, reclinada sobre un banco violeta, mientras la luna caía en las corolas de mil rosas, mientras la luna caía en su rostro doloroso».

Jamás había tenido el cisne canto tan exquisito como al celebrar la belleza de esta mujer. Los periódicos anunciaron la noticia de su próximo matrimonio. Sin embargo, pocos días antes del término fijado para la boda Poe se paseaba intencionalmente borracho por las calles de Boston y cometió en la

noche tantas barbaridades al frente de la casa de su prometida que fué necesario hacerlo llevar por la policía. Había viajado seis horas para insultar de esta manera a la mujer que le había inspirado pocos días antes sus mejores lirismos; se había emborrachado para aparecer más indigno ante sus ojos. Antes habría repugnado a sus hábitos de caballero, de «gentleman», una actitud semejante, y sin embargo el hecho se efectuó. ¿Qué significa esto? ¿Era tal vez que deseaba aureolar su vida con esa nota de lo grotesco con que plasmó sus mejores cuentos? ¿O quizá, fiel al recuerdo de su pobrecita muerta, quería destruir así toda suposición de nuevos amores? Lo más acertado es creer que ya el demonio de la locura había enterrado sus garrfos en su cerebro prepotente.

En 1849 hizo Poe un viaje a Virginia. A su vuelta a New York descendió en Baltimore y pasó por un momento a uno de los bares de la ciudad. Allí se encontró con antiguos conocidos que lo invitaron a beber. Poe se emborrachó. Era día de elecciones y sus amigos lo llevaron por todas las urnas de la ciudad haciéndolo dar su voto en todas ellas. La recompensa era licor y más licor. El resultado fué que por la noche hubo de ser conducido a un hospital, ya en estado de suma gravedad. Su delirio era interrumpido por cortos intervalos de lucidez; en uno de éstos el médico del hospital le dijo:

—Mr. Poe, en unos pocos días podrá gozar Ud. nuevamente de la amistad de sus amigos.

Edgardo le contestó enérgico:

—Lo mejor que mis amigos pueden hacer es volarme los sesos de un pistoletazo.

Otra vez cayó en un doloroso delirio y en la mañana del día siete de Octubre de 1849 murió exclamando:

—El Señor tenga piedad de mi pobre alma.

...Los funerales se efectuaron a la mañana siguiente....cinco personas acompañaron el féretro.

Edgardo Poe, el Divino, «que entró en el Paraíso bajo un son de campanas y un perfume de nardos», fué varón de romántica hechura. Hubiera sido trovador ambulante en los tiempos del pagano Arcipreste; hubiera roto lanzas por el porte ideal de una princesa; en palacios ducales hubiera sido el galán

favorito, un marqués de Bradomín, un vencedor del amor y de la muerte. El taller whitmaniano no arrullaría sus sueños destinados a las arenas blancas de la luna; viviendo bajo los rosales en rojo mayor del período romántico tenía el espíritu chapado a la antigua. Con Espronceda, después de lanzar al océano su capital de tres pesetas, se habría alzado lírico y épico detrás de las barricadas parisinas y con Byron y Wilde después de exprimir todas las vides, habría arrojado la perla de su corazón en un vaso de vino de Lutecia. En sus reinos interiores fué el poeta de las piedras preciosas y de los «golden treasures», sus ruiseñores encantados gorjeaban a la luz de las lunas de mayo con los buches apretados de emoción, serenatas violetas; fué el poeta de las mujeres pálidas y misteriosas, de los filtros eternos, de las manos dolorosas, de las cabelleras de oro puro, de las granadas de rubíes. Aquí abajo le hirió la guiija, la corneja de ébano le ladró sus augurios de tragedia y él, que tenía el alma rosada de amor, atravesó la vida mordido por la lepra, como un moderno Job y sin tener una mujer sublime que le gritara en el símbolo de todas las libertades: «Maldice a Dios y muérete.»

Su barca ya va lejos, su barca llevada por vientos de borrasca, piloteada por el Cuervo, se internó por los mares de lo desconocido; lejos la siguen mis pupilas por otras zonas milagrosas donde perfuman las estrellas, donde está la paloma de la Eucaristía, el ruiseñor encantado y la luna de oro.—A R-
TURO TORRES RIOSECO.

Burguesía e ideología

París, 1929.

ANATOLE France refiere que cuando visitó a Flaubert, el buen gigante normando, éste, después de vehemente discusión sobre las letras contemporáneas, venciendo con andantesco ardor a sus enemigos capitales, dejó el suelo poblado de cadáveres de burgueses. A ellos iba su ira pertinaz, a su mediocridad, a su ignorancia en arte, en elegancia, en buenas maneras; a su extrema y minuciosa previsión, a ese espíritu de ahorro gracias al cual mueren las nobles tradiciones en las prosaicas sociedades europeas. En la bohemia francesa, ¡cuántos escritores, después del respetado maestro, condenaron a esa clase dominada por un sólido egoísmo y cuidados menores!